

Producción de inconsciente. Condiciones de inscripción en la clínica contemporánea¹



JAVIER GARCÍA CASTIÑEIRAS²

DOI: 10.36496/N143.A1

JAVIER GARCÍA CASTIÑEIRAS / ORCID: 0000-0001-8681-4766

RECIBIDO: ABRIL DE 2026

ACEPTADO: MAYO DE 2026

RESUMEN

El ensayo cuestiona la imagen tradicional del psicoanálisis como arqueología que excava un inconsciente ya constituido como depósito de representaciones reprimidas. Aunque reconoce el valor parcial de esa metáfora, se argumenta que en muchas zonas clínicas contemporáneas lo que predomina no es el retorno de lo reprimido, sino fallas en la inscripción primaria: intensidades pulsionales que no logran anudarse a significantes, experiencias que no se escenifican o que irrumpen como puro impacto sin forma simbólica. Apoyándose en Freud (represión originaria, economía pulsional) y, especialmente en Lacan (distinción entre *automaton* y *tychê*), se propone entender el inconsciente como efecto de una operación de inscripción por la cual la excitación pulsional encuentra letra en

- 1 Versión revisada y con modificaciones de la tertulia de la APC sobre el tema «Campo simbólico», realizada el 17 de mayo de 2022, y del texto «El psicoanálisis y la producción de campo simbólico» (García Castiñeiras, 2023b).
- 2 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo, Uruguay.
jgarciacast@gmail.com

el cuerpo erógeno. Cuando esta inscripción falla o es insuficiente, prevalece la repetición muda cercana al trauma; cuando se logra, la experiencia entra en el régimen simbólico interpretable. El trabajo analítico, entonces, no se reduce al desciframiento: en ciertos momentos debe producir inconsciente, favoreciendo condiciones de inscripción en transferencia, bordear huecos simbólicos y sostener el pasaje de lo real crudo a marca significante. Esta perspectiva converge con aportes de Laplanche (seducción enigmática), Deleuze y Guattari (inconsciente productivo), Rolnik (cuerpo sensible) y otros, y se vincula con el cambio de época: sociedades del rendimiento que saturan o vacían procesos de simbolización. El discernimiento entre interpretar lo ya constituido y abrir condiciones para su emergencia define buena parte de la clínica actual y su porvenir.

DESCRIPTORES: REPRESIÓN PRIMARIA / INCONSCIENTE / INSCRIPCIÓN / TRANSFERENCIA / MATERIAL CLÍNICO / LACAN, JACQUES / SESIÓN.

ABSTRACT

This essay challenges the traditional view of psychoanalysis as an archaeology that excavates an unconscious already constituted as a repository of repressed representations. While acknowledging the partial validity of this metaphor, it is argued that in many contemporary clinical settings what predominates is not the return of the repressed, but rather failures in primary inscription: drive intensities that fail to link to signifiers, experiences that are not enacted or that burst forth as pure impact without symbolic form. Drawing on Freud (primordial repression, drive economy) and, especially, Lacan (the distinction between *automaton* and *tychê*), the essay proposes understanding the unconscious as the effect of an inscription operation through which drive excitement finds its letter in the erogenous body. When this inscription fails or is

insufficient, mute repetition akin to trauma prevails; when it is achieved, the experience enters the interpretable symbolic order. Analytical work, then, is not reduced to deciphering: at certain moments it must produce the unconscious, fostering conditions for inscription in transference, skirting symbolic gaps, and sustaining the passage from the raw real to the signifying mark. This perspective converges with contributions by Laplanche (enigmatic seduction), Deleuze and Guattari (productive unconscious), Rolsnik (sensitive body), and others, and is linked to the changing times: performance-driven societies that either saturate or deplete processes of symbolization. The distinction between interpreting what is already established and creating the conditions for its emergence defines much of current clinical practice and its future.

KEYWORDS: PRIMARY REPRESSION / UNCONSCIOUS / INSCRIPTION /
TRANSFERENCE / CLINICAL MATERIAL / LACAN, JACQUES / SESSION.

Durante mucho tiempo pensé —y creo que no fui el único— al psicoanálisis bajo la figura de una arqueología. Había algo seductor en esa imagen. Excavar. Remover estratos. Levantar restos. Descifrar en el síntoma la forma deformada de una verdad anterior. El inconsciente aparecía así como un subsuelo, como una escena otra, apartada de la conciencia por el trabajo de la represión, pero ya de algún modo constituida, cargada de huellas, de deseos infantiles, de fijaciones, de restos mnémicos, de compromisos. La cura podía entonces imaginarse como una lectura: leer el sueño, leer el lapsus, leer el cuerpo, leer el síntoma, leer finalmente aquello que ya estaba escrito aunque el sujeto no pudiera todavía reconocerlo como suyo.

No diría hoy que esa figura sea falsa. Sigue diciendo algo esencial. Sigue nombrando una parte decisiva de nuestra experiencia. Pero ya no me alcanza. Hay zonas de la clínica en las que esa metáfora se vuelve insuficiente, y

no por un mero capricho teórico ni por la tentación de sustituir lo antiguo por lo nuevo, sino porque la experiencia misma obliga a modificar el foco. No siempre encontramos en la sesión un texto oculto esperando ser revelado. Tampoco hallamos necesariamente una escena reprimida que retorna disfrazada o un relato deformado cuya clave habría que restituir. Hay momentos en que lo que comparece no es una escritura velada, sino una falla de escritura: no una escena reprimida, sino una zona que no llegó a escenificarse; no un contenido escondido, sino una intensidad que no terminó de anudarse a representantes; no una metáfora degradada. Es más bien algo que aún no ha ingresado plenamente en la cadena simbólica.

En esos casos, el trabajo analítico ya no puede pensarse solamente como desciframiento. No se trata únicamente de leer un texto ya constituido ni de restituir el sentido de una escena reprimida. Se trata de intervenir en el punto mismo en que algo de la experiencia no ha logrado todavía inscribirse como tal. El análisis apunta entonces a favorecer ese pasaje: de una intensidad sin representación a una marca que pueda alojarse en la cadena simbólica. En ese nivel, la práctica analítica no solo interpreta el inconsciente: contribuye a su producción, en tanto posibilita que algo llegue a constituirse como inconsciente allí donde aún no lo era. Aquí el problema deja de ser qué significa para volverse cómo se inscribe.

Me interesa subrayar ese desplazamiento con cuidado. No se trata de oponer radicalmente descubrimiento y producción, como si uno cancelara al otro, sino de situar que, en ciertos momentos de la clínica, el descubrimiento mismo depende de que algo haya podido previamente inscribirse. Tampoco se trata de abandonar a Freud en nombre de una clínica supuestamente más moderna. Se trata más bien de advertir que la propia obra freudiana deja abierta una pregunta que la tradición posterior, en ciertos momentos, prefirió no escuchar del todo. Freud (1915/1979) no solo descubrió el inconsciente como contenido reprimido. También rozó, a veces con una precisión notable, el problema de su constitución. Cuando piensa la represión originaria, cuando introduce la cuestión económica, cuando se enfrenta a magnitudes de excitación que exceden el trabajo representacional, cuando reconoce que el domeñamiento pulsional es siempre parcial, está señalando un problema que no puede resolverse ya por la sola vía de la interpretación. Allí lo decisivo no es todavía el retorno

de lo reprimido, sino la posibilidad de que algo se ligue, de que algo de la cantidad encuentre fijación, de que lo pulsional se ancle en representantes. Antes del texto a leer, está el trabajo por el cual algo llega a escribirse. No hay inconsciente sin ese trabajo previo de inscripción.

Es allí donde la represión originaria deja de ser, para mí, una mera ficción de los orígenes o una pieza distante de la metapsicología y adquiere un valor clínico preciso. No la concibo como un acontecimiento cronológico ya clausurado ni como una escena inaugural que habría tenido lugar una vez y para siempre, sino como un operador estructural que define las condiciones mismas de posibilidad del inconsciente. En este sentido, la represión originaria no remite a un pasado que habría que reconstruir, sino a una lógica que se reactualiza allí donde la simbolización se muestra insuficiente. Designa el momento —siempre lógico antes que temporal— en que algo de la excitación pulsional logra fijarse a representantes, instaurando ese primer anudamiento entre lo real del cuerpo y el campo simbólico sin el cual no hay inconsciente en sentido pleno. Pero ese anudamiento no está garantizado de una vez para siempre. Puede debilitarse, empobrecerse o no llegar a constituirse con la consistencia necesaria. Y es precisamente en esos puntos donde la represión originaria deja de ser un supuesto teórico y se vuelve un problema clínico actual. No como retorno de un origen, sino como exigencia de una operación: la de favorecer que algo de lo pulsional encuentre inscripción donde todavía no ha logrado fijarse.

En estas configuraciones, no se trata prioritariamente de hacer consciente lo inconsciente, sino de posibilitar que algo llegue a constituirse como inconsciente. Es decir, de operar en el nivel en que la represión originaria —en cuanto lógica de inscripción— puede, en la transferencia, encontrar condiciones para producirse. Dicho de otro modo: no siempre trabajamos sobre una represión secundaria ya organizada. A veces estamos frente a aquello que no ha terminado de entrar en el aparato como experiencia inconsciente. A veces lo que domina no es el conflicto entre representaciones, sino el hiperpoder cuantitativo de una excitación que no logró ligadura suficiente. A veces lo que comparece no habla, golpea. No recuerda, actúa. Invade, precisamente porque no logra simbolizar. No sueña, irrumpe. En esos casos, insistir demasiado rápido en la búsqueda del sentido puede convertirse en una defensa del analista, en una forma

elegante de no permanecer ante aquello que aún no dispone de escena. Sin embargo, es precisamente allí donde nuestra tarea se vuelve más delicada y más decisiva: bordear, sostener, abrir un intervalo, alojar lo que todavía no ha tomado forma.

En distintos momentos del psicoanálisis contemporáneo se han propuesto conceptos destinados a pensar estas zonas de la experiencia que no se organizan como retorno de lo reprimido. Green (1995) ha hablado del trabajo de lo negativo; César y Sara Botella (Botella & Botella, 2003) han explorado la cuestión de los procesos psíquicos no representados; Roussillon (1995) ha desarrollado la noción de simbolización primaria; Chemama (2007) ha descrito la depresión como una de las grandes formas neuróticas contemporáneas. En América Latina, autores como Marucco (2007), Zukerfeld & Zukerfeld (1999), Uriarte (1991) y Schkolnik (2007) han abordado, desde perspectivas diversas, los efectos de traumatismos tempranos, las formas de escisión del aparato psíquico y las configuraciones regresivas de la organización neurótica. Estas elaboraciones han tenido el mérito de iluminar zonas importantes de la clínica contemporánea y de mostrar una preocupación compartida por fenómenos que no siempre adoptan la forma de síntomas interpretables.

Sin embargo, mi perspectiva se desplaza ligeramente de esta vía. No considero necesario postular un aparato psíquico dividido en regímenes heterogéneos para dar cuenta de estas configuraciones clínicas. Prefiero pensarlas como dificultades en las condiciones de inscripción de la experiencia. Lacan me resulta aquí indispensable. No solo porque reformula a Freud, sino porque ayuda a desprender al inconsciente de toda sustancialización ingenua. El inconsciente no es un sótano. No es una profundidad estable esperando ser iluminada. Cuando Lacan (1973/2015) distingue «el inconsciente freudiano y el nuestro» y lo piensa como apertura y cierre, como pulsación, como algo que comparece en el fallo del decir, en el tropiezo, en el corte, en el equívoco, da un paso decisivo. Ya no estamos simplemente ante un depósito reprimido, estamos ante un acontecimiento. Un acontecimiento, no un depósito. El inconsciente no solo estaba, también adviene. No solo se descubre, también se produce en acto. Esa torsión cambia toda la clínica. Porque si el inconsciente se juega en el acto del decir, en la contingencia de una apertura, entonces la transferencia

deja de ser un mero teatro repetitivo. No es solo el lugar donde vuelve el pasado bajo nuevas máscaras, es también la condición en la que algo puede suceder de una manera inédita. El analista no escucha un texto ya concluido, participa, con su posición, en las condiciones de emergencia de una escena. Y cuando digo *escena*, no me refiero a una teatralidad espectacular ni a una representación acabada. Pienso más bien en ese espacio mínimo y frágil donde algo del cuerpo, del afecto, del gesto, del balbuceo o del silencio puede empezar a adquirir figura.

La noción lacaniana de *tychê* también me acompaña en este punto. Hay un real que no se deja absorber por el *automaton* de la cadena significante. Hay encuentros que no se resuelven en sentido, choques que no se dejan metabolizar por la red representacional disponible, experiencias que quedan como puro impacto. Podría decirse que aquí se pone en juego una tensión fundamental entre las dos dimensiones que Lacan (1973/2015) distingue. Por un lado, el *automaton* designa la insistencia de la cadena significante: la repetición según las leyes del lenguaje que organiza las formaciones clásicas del inconsciente (sueños, lapsus o síntomas susceptibles de interpretación). Se trata del inconsciente ya inscrito en el campo simbólico que retorna como efecto de la represión.

La *tychê*, en cambio, nombra el encuentro con lo real en tanto punto de fracaso de la simbolización. Cabe precisar que *fracaso* no debe deslizarse hacia la idea de *trastorno*, como si existiera el imperativo de una simbolización total, posición que decididamente no comparto. No se trata simplemente de un impacto o de una intensidad que invade, sino del momento en que la repetición significante —el *automaton*— tropieza con aquello que no puede ser absorbido por sus leyes. Esta precisión sobre la *tychê* captura el núcleo de la ética analítica: lo Real no es un «error del sistema» que deba ser reparado con más simbolización, sino el resto ineliminable que impide que el sistema se cierre en una totalidad mortífera. Si la cadena significante fuera total, estaríamos ante un determinismo absoluto; es el encuentro con la *tychê* lo que introduce una falla en la repetición y, precisamente en esa grieta, donde puede emerger el sujeto. Así, la interpretación no busca que el analista «traduzca» todo lo real a símbolos, sino bordear ese vacío para que el sujeto pueda hacer algo nuevo con ese encuentro, en lugar de quedar fijado al impacto traumático.

Ese encuentro no es un exterior puro al lenguaje ni un «antes» de lo simbólico, sino su límite interno: el punto en que la cadena se interrumpe, donde algo no halla inscripción posible y, por eso mismo, retorna bajo la forma de una repetición que aún no es interpretable. La *tychê* no designa entonces solo el choque, sino la insistencia de un encuentro fallido; no por accidente contingente, sino en tanto aquello que no logra articularse como representación y permanece como resto irreducible. Es en ese fracaso donde se abre la posibilidad —no garantizada— de una inscripción ulterior.

Quizás podamos decir que allí donde el *automaton* organiza la repetición de lo ya inscrito, la *tychê* señala el punto en que algo insiste sin haber sido aún inscrito. No recuerda, insiste. No repite un sentido, empuja hacia una posible escritura. La repetición deja entonces de estar al servicio del retorno de lo reprimido para orientarse hacia un intento de inscripción que todavía no ha tenido lugar. Lo traumático, en esta perspectiva, no se define solo por la intensidad del acontecimiento, sino por ese fracaso relativo de inscripción que deja a la repetición sin captación en el campo simbólico. Se vuelve aquí decisiva la distinción entre lo no representado y lo no inscrito. No todo lo que no se representa carece de inscripción: hay experiencias que, aun sin poder figurar como representación, han accedido ya a un cierto anudamiento que las hace susceptibles de entrar en la cadena simbólica. Pero hay otras que ni siquiera han alcanzado ese nivel, que no han encontrado todavía el punto mínimo de fijación que permitiría su eventual representación. No se trata entonces de un grado menor de simbolización, sino de una diferencia de estatuto: entre lo que no logra representarse y lo que no ha llegado aún a inscribirse. Es en ese nivel donde la referencia a la represión originaria y a la *tychê* alcanza su mayor precisión clínica.

Desde esta perspectiva se vuelve posible precisar qué puede querer decir, clínicamente, «producción de inconsciente». No se trata de crear sentido donde faltaría ni de añadir interpretaciones a lo ya dado, sino de favorecer las condiciones en las que algo de esa experiencia no inscrita pueda encontrar un primer anudamiento simbólico. Producir inconsciente no equivale entonces a ampliar un saber preexistente, sino a posibilitar que algo llegue a inscribirse como tal. Allí donde la repetición insiste

sin lograr representarse —y en ciertos casos incluso sin haber alcanzado todavía una inscripción suficiente— el trabajo analítico apunta a abrir un borde, sostener un intervalo y hacer lugar a una marca. Es en ese pasaje —no de la ausencia de representación a su aparición, sino de una fijación aún precaria a una inscripción que pueda sostener la representación— donde el inconsciente no solo se descubre, sino que se constituye.

En este sentido, el inconsciente no puede pensarse como un depósito de representaciones reprimidas ni como una pura cadena signifiante. Puede entenderse también como el efecto de una operación de inscripción por la cual la excitación pulsional encuentra **letra en el cuerpo erógeno**. Cuando esa inscripción logra establecerse, la experiencia puede organizarse como formación inconsciente propiamente dicha y entrar en el régimen del *automaton*, donde la repetición se vuelve interpretable. Pero cuando la inscripción se debilita o no llega a constituirse suficientemente, lo que prevalece es la presión de la *tyché*: una repetición más cercana al impacto traumático, a la descarga pulsional o a una insistencia muda que todavía no ha encontrado forma simbólica. Cuando la sesión se acerca a ese borde, la prisa interpretativa puede obturar más que abrir. A veces se trata menos de significar que de sostener el contorno de una aparición, de permitir que algo de ese real encuentre un modo de fijarse, de pasar de golpe a letra, de mudéz a marca, de invasión a borde.

La última enseñanza de Lacan (2006) profundiza todavía más en esta dirección. Cuando el acento ya no está puesto principalmente en el desciframiento de un sentido oculto, sino en la invención singular de un modo de anudar lo real, lo simbólico y lo imaginario, la práctica analítica se acerca aún más a una clínica de producción. El síntoma deja entonces de ser solamente mensaje cifrado para volverse arreglo, invención, saber-hacer, modo de sostén. No se trata de disolverlo en comprensión, sino de permitir que el sujeto produzca una relación diferente con aquello que insiste.

Laplanche (1989) ofrece otra vía muy distinta y, sin embargo, convergente en un punto esencial. Su teoría de la seducción generalizada me interesa porque rompe con toda idea de un inconsciente natural, espontáneo, interior desde siempre. El inconsciente se constituye, en su perspectiva, a partir de mensajes enigmáticos del adulto al niño, mensajes cargados de

sexualidad inconsciente que el niño no puede metabolizar plenamente. Lo inconsciente no sería entonces una profundidad originaria, sino el resto de una traducción imposible de completar. Algo se implanta, algo insiste, algo queda como enigma irreductible. Esta idea me parece muy fecunda porque muestra que el inconsciente no es simplemente una propiedad interna del sujeto, sino también el efecto de una alteridad que se introduce, se incrusta, se deja como resto. No hay aquí una arqueología pura de sí; hay una extranjería constitutiva.

Deleuze y Guattari (1972/1985) empujan este movimiento en otra dirección, más polémica, más radical, a veces excesiva, pero imposible de ignorar. Su crítica al inconsciente concebido como teatro edípico y su propuesta de un inconsciente maquínico y productivo marcan un giro decisivo. Cuando afirman que el inconsciente no es un teatro sino una fábrica, no están simplemente cambiando una metáfora por otra. Están atacando una cierta reducción del deseo a la novela familiar, una cierta costumbre del psicoanálisis de leer toda emergencia en clave de representación y de parentesco. En ellos, el deseo no es falta sino potencia productiva. El inconsciente no representa, conecta, corta, ensambla, distribuye, fuga. Produce realidad.

No comparto sin reservas toda esa operación. Creo que en ocasiones Deleuze y Guattari (1972/1985) empujan su crítica hasta el punto de debilitar demasiado el conflicto, el espesor de la prohibición, la densidad del lenguaje, el carácter estructurante de ciertas negatividades. Pero aun así, su gesto sigue siendo profundamente fértil. Obliga a la clínica a interrogar sus automatismos interpretativos, a preguntarse cuántas veces devolvemos lo nuevo a lo conocido, cuántas veces encerramos la invención del sujeto en una novela previa, cuántas veces respondemos a una producción con una traducción apresurada. Guattari (1996), sobre todo, acierta cuando insiste en que el análisis no debería limitarse a adaptar al sujeto a una forma de vida ya establecida, sino a abrir focos nuevos de subjetivación. Hay en ello una intuición clínica y política mayor.

Rolnik (2014) prolonga esa línea de un modo que me resulta especialmente valioso para pensar el cuerpo. En ella, la subjetividad no se reduce a identidad ni el inconsciente a un repertorio de representaciones. Hay una dimensión sensible, vibrátil, cartográfica, por la que el cuerpo capta

el mundo, es afectado por él y puede también producir mundo. Esto me interesa porque se acerca a una idea que he intentado sostener desde otro recorrido: que el cuerpo no es simplemente organismo ni tampoco mero soporte imaginario del yo, sino superficie de inscripción erógena. Allí donde el cuerpo queda anestesiado, saturado o aplastado por los regímenes contemporáneos de imagen, velocidad y excitación, el trabajo analítico puede tener la función de abrir condiciones para una nueva sensibilidad, para una nueva escritura, para una nueva habitabilidad del cuerpo.

Roustang (1989) introduce, a su vez, una sospecha que conviene no eludir. Una parte del inconsciente, dice, se fabrica en respuesta al dispositivo analítico mismo. No habría un núcleo puro esperando su revelación, sino una producción que la situación analítica suscita. Esto puede incomodar a toda concepción demasiado ingenua de la verdad como develamiento, pero su fuerza reside precisamente en recordarnos que el dispositivo hace cosas. La transferencia no es un simple canal neutro por el que circularía una verdad previa intacta. Produce efectos, organiza experiencia, convoca formas de hablar, de padecer, de simbolizar. Esta observación, lejos de invalidar el análisis, me parece que lo vuelve más responsable de sus propias operaciones. En la orientación lacaniana contemporánea, Miller (2008-2009) y otros autores han insistido también en esa dimensión productiva. El inconsciente no como saber ya ahí, enteramente disponible, sino como efecto de encuentro, como emergencia singular en transferencia. Se trata de una reformulación importante, porque desplaza la cura desde una confianza casi exclusiva en el desciframiento hacia una atención mayor al acto, al corte, al equívoco, a la contingencia del decir y a lo que esa contingencia produce.

Vegh (1998), por otra parte, ha subrayado de manera fecunda la importancia de la letra y de la escritura. Allí donde el sufrimiento se presenta como masa opaca, como repetición sin lectura posible, el trabajo analítico apunta a producir una marca, una diferencia, una letra. No se trata simplemente de comprender más, sino de escribir una experiencia donde antes solo había padecimiento repetido. Esa línea me resulta cercana porque también, para mí, la cuestión no es borrar la herida, sino producir una inscripción que le dé borde, forma y cierta posibilidad de circulación.

Es en ese cruce donde intento situar lo que vengo pensando. No me

interesa repetir, como consigna, que el análisis produce inconsciente. Me interesa precisar qué se produce y bajo qué condiciones. Lo que se produce, a mi entender, no es cualquier novedad, ni una proliferación ilimitada de conexiones ni una creatividad sin ley. Lo que se produce es, ante todo, campo simbólico. Es decir, un espacio donde algo de lo real pulsional no se transforma ni se traduce, sino que deja una marca, donde la cantidad encuentra un punto de fijación, donde una experiencia todavía no desarrollada puede comenzar a adquirir borde y consistencia. No se trata de una transformación de lo real en simbólico, sino de que, en su encuentro, algo de lo real se inscribe como marca en lo simbólico y adquiere la posibilidad de hacerse discurso.

En este punto, resulta especialmente sugestiva una indicación de Freud (1937/1980) cuando sitúa como operación genuina del análisis la «rectificación, con posterioridad, del proceso represivo originario», vinculándola con el problema del hiperpoder del factor cuantitativo (p. 230). Se trata de una formulación puntual, poco desarrollada en su obra, pero de gran alcance clínico, en la medida en que introduce la idea de que el análisis no se limita al levantamiento de lo reprimido, sino que se confronta con aquello que no ha alcanzado una ligadura suficiente. En esta perspectiva, puede pensarse que la transferencia no solo reactualiza lo ya inscrito, sino que ofrece el campo en el que una dimensión de ese proceso originario puede encontrar condiciones de operación.

Desde esta perspectiva, propongo pensar que, en ciertas zonas clínicas, la operación genuina del análisis no consiste tanto en rectificar el retorno de lo reprimido como en producir condiciones de inscripción en las que la lógica de la represión originaria pueda, en transferencia, encontrar un campo de operación. Esto exige volver a pensar la transferencia misma. A veces ella está ya ahí, pronta antes de nuestro encuentro. Su causa excede largamente nuestra presencia. Hay un encuadre interno constituido, aunque desacomodado, desajustado, que hace posible que el sujeto dirija su palabra a un Otro y sitúe allí un fragmento de lo vivido. Otras veces ese movimiento no está disponible de manera suficiente. La transferencia no cae del cielo ni está garantizada. Requiere tiempo, borde, espera, condiciones de establecimiento. Y justamente allí, donde la dirección del discurso al Otro se encuentra debilitada, sacudida o parcialmente caída, es donde

aparece con mayor crudeza ese hiperpoder cuantitativo que no entra en discurso y se manifiesta como acto de goce, como descarga, como *acting*, como desmezcla pulsional, como masoquismo primario.

En esa zona, los recursos del analista son puestos a prueba. No estamos ya en el terreno relativamente más conocido del retorno de lo reprimido, sino en una región donde lo reprimido mismo no está aún suficientemente constituido como posibilidad. Y por eso he pensado que el trabajo no consiste allí en develar, sino en producir. No producir en el sentido de fabricar artificiosamente algo cualquiera, sino en el sentido de favorecer una operación de inscripción. Bordear huecos simbólicos. Explorar balbuceos. Sostener un contorno. Hacer lugar a una marca. Ayudar a que una intensidad encuentre representante, a que algo del cuerpo encuentre letra, a que algo de lo real encuentre campo simbólico.

Por eso la idea de coreografía inconsciente no remite, para mí, a una metáfora decorativa. Intenta nombrar el hecho de que este trabajo no es solamente verbal. Ocurre en ritmos, pausas, silencios, tonos, movimientos, tensiones, microgestos, desajustes posturales, modos de presencia. El analista no es solo quien escucha palabras, es también quien presta un cuerpo, un tiempo, una disposición, una escena donde lo no dicho puede empezar a adquirir forma. La transferencia no es solo relato, es también modulación, intervalidad, encarnación de una escena.

De allí que mi interés por la escritura erógena del cuerpo no sea secundario. Un cuerpo no es simplemente un organismo sobre el que luego caerían representaciones. Se constituye en una trama de rasgos diferenciales, de marcas, de fijaciones, de contornos reprimidos que cartografían la psique y al mismo tiempo construyen el cuerpo erógeno. Lo que me contornea no es una esencia previa, es una inscripción. Y cuando esa inscripción falla o se empobrece, el cuerpo puede aparecer como dolor, como vacío, como anestesia, como hiperexcitación sin borde. Producir inconsciente es entonces también volver habitable el cuerpo, reinscribirlo en la circulación del deseo, permitir que deje de ser puro lugar de padecimiento o de descarga para devenir superficie de experiencia.

La clínica con niños muestra esto de manera particularmente nítida. En el juego no veo solo un mensaje cifrado que habría que traducir, veo una producción en acto. El niño no juega simplemente para comunicar lo

que ya sabe, juega para inscribir lo que aún no tiene lugar. Los juguetes no son, para mí, símbolos fijos, son herramientas de escritura. El consultorio no es un escenario donde yo observaría desde afuera la repetición de una escena anterior, sino que es el intervalo donde una zona de la experiencia puede comenzar a escribirse. En esa clínica, el analista no debería ser ante todo un descifrador. Debería ser *partenaire* de una invención, soporte de una producción de escena.

En la clínica con niños, esta producción se hace visible cuando el lenguaje se empantana. Un varón de 12 años (García Castiñeiras, 2023a) afectado por una excitación que no lograba simbolizar era incapaz de dibujar el cuerpo femenino por debajo de la cintura, deteniéndose ante una imagen de mujer «con dos pelotas adentro». Ante su demanda de un saber absoluto («¿para qué leíste tantos libros si no sabés?»), mi respuesta no fue pedagógica, sino un gesto de interrogación que trasladé al papel. El azar o la ocurrencia en transferencia hizo que la curva del signo funcionara como contorno del pecho y el punto como el orificio genital omitido. Al ver este rasgo, el niño exclamó: «¡Salió!», y logró completar el dibujo. Aquí, el analista no «descubre» un sentido previo, sino que ofrece su propio no-saber bajo la forma de una marca gráfica que funciona como borde. El signo de interrogación opera como un soporte material que permite al sujeto salir de la captura de una imagen fálica aplastante y comenzar a introducir una diferencia allí donde la imagen quedaba cerrada. No se trata del retorno de una representación reprimida, sino de la posibilidad de que una representación se constituya. Lo que aparece no es un contenido que vuelve, sino una diferencia que logra, por primera vez, escribirse.

Mientras que en el niño la cuestión es la inscripción primera de una diferencia, en el adulto predomina la dificultad de sostener el decir sin ser arrebatado por el goce que lo irrumpe. No obstante, en ciertos casos adultos se reactualiza una estructura semejante a la del niño: el sujeto no logra salir del espejo imaginario y presenta, en lugar de recuerdos o asociaciones, fijaciones, mutismo y un cuerpo sin distancia. En esos momentos, la intervención de un tercero (un nombre propio, una referencia cultural, un autor) puede operar como corte y abrir la posibilidad de una inscripción simbólica.

Un material clínico permite precisar este movimiento (García Casti-

ñeiras, 2023a). Se trata de un joven que, ante la dificultad de situarse en transferencia si no es desde un padecimiento extremo —«pegar el grito desde el fondo»—, recurre espontáneamente a la lectura de San Agustín para proponer un dispositivo inédito: hablar de sí mismo en tercera persona («como si hablara de vos»). Lo decisivo aquí es que este ensayo de distanciamiento simbólico no es un ejercicio intelectual, sino que se acompaña de una intensa transpiración en sesión. Esa sudoración es el índice de una intensidad pulsional que, al no contar con un anclaje simbólico suficientemente estabilizado, irrumpe como impacto en el cuerpo. El analista, lejos de interpretar un sentido oculto, valida la ocurrencia del paciente como una herramienta de inscripción. Al «prestar» su escucha para que ese «vos» adquiera lugar, el analista favorece que la mudez de la excitación corporal encuentre, por fin, una marca significante. La transpiración deviene así el costo de una escritura en acto: el momento en que lo real del cuerpo empieza a contornearse en el campo del Otro. El sujeto no se encuentra de una vez, se inventa en esa operación. No se trata de que algo reprimido encuentre su vía de retorno, sino de que el sujeto encuentre una vía para poder decir sin quedar capturado por la intensidad que lo habita.

Queda entonces la pregunta que hoy me parece ineludible: si este pasaje desde una clínica centrada en el descubrimiento de lo inconsciente hacia una clínica atenta a su producción responde solamente a una mutación interna de la teoría o si también guarda relación con el cambio de época. Creo que ambas dimensiones se entrelazan. Por un lado, Lacan, Laplanche, Guattari, Roustang, Miller, Rolnik y otros permiten reformular la noción misma de inconsciente. Por otro, la clínica contemporánea obliga a ello porque lo que hoy se presenta con tanta frecuencia no es simplemente el retorno de lo reprimido en su forma clásica, sino la dificultad misma de producir inscripción, de abrir escena, de sostener intervalo.

Algunos autores han intentado pensar esta mutación. Han (2010/2022), desde otro campo, ha descrito el pasaje de una sociedad disciplinaria y prohibitiva a una sociedad del rendimiento, donde el mandato ya no adopta prioritariamente la forma del «no debes», sino del «puedes» y «debes poder». Ehrenberg (2000) mostró cómo la depresión se vuelve la contracara de un ideal de autonomía y desempeño. Melman (2005) habló

de un sujeto menos sostenido por referencias simbólicas estables y más entregado a formas inmediatas de goce. Dufour (2007) pensó la erosión de grandes referencias ordenadoras bajo el neoliberalismo. Rolnik (2014) ha mostrado, con gran sensibilidad, la captura contemporánea de la potencia sensible por los regímenes de mercado e imagen. Esta captura no es solo un fenómeno de superficie, impacta directamente en la economía pulsional. Mientras que la sociedad disciplinaria freudiana se fundaba en la negatividad de la norma —el «no debes» que organizaba el conflicto—, la sociedad del rendimiento descrita por Han impone una positividad saturante. Metapsicológicamente, esto se traduce en una erosión de la función de corte: allí donde el imperativo es el goce ilimitado y la transparencia, el intervalo simbólico se asfixia. La falla en la inscripción contemporánea no responde tanto a un deseo censurado como a una intensidad que, al no encontrar el dique de la interdicción, queda errática, impidiendo que ese encuentro con lo real halle un borde en la repetición significativa que permita su inscripción.

No cito estas elaboraciones para sumarme a una nostalgia. No creo que debamos idealizar la época de la prohibición ni fantasear con una edad de oro de la simbolización. Sería un error clínico y político. Lo que intento señalar es algo más acotado: que ciertas formas contemporáneas de poder no solo prohíben, sino que aplastan, saturan, aceleran o vacían los procesos de inscripción. La escena se adelgaza. El intervalo se reduce. La experiencia se precipita o se aplanan. El cuerpo queda tomado por intensidades sin borde o por una desafectación generalizada. En ese contexto, la producción de inconsciente deja de ser solamente una figura teórica interesante y se vuelve una necesidad clínica.

Sostener este contorno exige del analista una modificación de su presencia: no es el silencio de la abstinencia neutral lo que aquí se convoca, sino una presencia activa que «presta» su propio ritmo y temporalidad. En una época de rendimiento que exige transparencia y rapidez, el analista que abre un intervalo realiza un acto de resistencia política. Al no responder a la demanda de inmediatez, preserva un vacío necesario para que la pulsión no se transforme en puro acto o descarga. Sin embargo, esta apuesta por la producción tiene sus límites: allí donde la desmezcla pulsional es absoluta o el desvalimiento simbólico es extremo, la transfe-

rencia puede fracasar en su intento de inscripción. El análisis no es una fábrica de sentido garantizada, es una apuesta artesanal que, a veces, solo alcanza a bordear el silencio de lo irreductible.

Tal vez hoy el análisis sea convocado, con mayor frecuencia que antes, a abrir escenas para que un resto pulsional pueda inscribirse. A producir campo simbólico allí donde este llega devastado o empobrecido, a favorecer escritura erógena donde el cuerpo se presenta capturado por la descarga, la anestesia o el exceso visible, a crear condiciones para que el padecimiento no quede confinado al acto, al ruido o al vacío. Antes de convocar a la asociación, el análisis debe contribuir a producir un *borde*. Este borde es, a su vez, lo que permite la *escena* (que algo aparezca) y lo que limita el *drama* (que no se vuelva un desborde traumático), volviendo finalmente habitable lo que hoy aparece como pura intensidad sin contorno.

No por eso desaparece la clínica del conflicto entre deseo y prohibición. Sigue siendo esencial. Pero ya no basta para dar cuenta de todo. Hay sujetos en los que el conflicto no alcanza siquiera a constituirse con la densidad necesaria. Antes de interpretar la novela, hay que ayudar a que exista escena. Antes de leer el síntoma, hay que favorecer que huellas de sufrimientos encuentren letra. Antes de convocar a la asociación, hay que contribuir a que se produzca un borde desde el cual asociar sea posible. Por eso no diría que el psicoanálisis deba elegir entre descubrir y producir. Me parece más justo decir que debe aprender a discernir. Hay momentos en que leer es la operación necesaria. Hay momentos en que lo urgente es abrir. Hay sesiones en las que el inconsciente retorna. Hay otras en las que todavía se está formando. Hay síntomas que hablan. Hay otros que apenas golpean. Hay interpretaciones que esclarecen. Hay otras que obturan. Y hay situaciones en las que el trabajo más genuino del análisis consiste en acompañar, casi desde el origen, el pasaje de una intensidad muda hacia una escritura posible.

Podría decirse entonces que, en ciertos momentos de la clínica, el análisis no solo interpreta el inconsciente, contribuye a producir las condiciones de su inscripción. Llegados a este umbral, la distinción inicial ha cambiado de estatuto y es quizás allí donde la oposición de partida pierde su sentido. Porque si el análisis puede descubrir lo inconsciente, es también porque, en ciertos momentos, ha contribuido a que algo de él llegue

a constituirse. Entre ambas operaciones —producir y descifrar— no hay alternativa, sino un movimiento que define la práctica misma: acompañar el pasaje por el cual lo que insistía sin forma pueda, finalmente, devenir experiencia inconsciente.

Esto implica, para el analista, una modificación precisa de su posición: no solo interpretar lo que retorna, sino sostener las condiciones para que lo informe logre escribirse. En ese discernimiento, me parece, se juega buena parte de nuestra clínica actual. Y quizá también una parte de su porvenir, en la medida en que ese horizonte dependerá, una y otra vez, de que la insistencia encuentre un cauce para ser leída. No hay lectura sin inscripción previa, pero tampoco hay marca que no reclame, más tarde, su posibilidad de ser descifrada. Es en ese vaivén —entre producir y descifrar— donde el psicoanálisis encuentra hoy uno de sus puntos más vivos. ♦

REFERENCIAS

- Botella, C., & Botella, S. (2003). *La figurabilidad psíquica*. Amorrtortu.
- Chemama, R. (2007). *Depresión: La gran neurosis contemporánea*. Nueva Visión.
- Deleuze, G., & Guattari, F. (1985). *El anti-Edipo: Capitalismo y esquizofrenia*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1972).
- Dufour, D.-R. (2007). *El arte de reducir cabezas. Sobre la servidumbre del hombre liberado en la era del capitalismo total*. Paidós.
- Ehrenberg, A. (2000). *La fatiga de ser uno mismo. Depresión y sociedad*. Nueva Visión.
- Freud, S. (1979). Lo inconsciente. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 14, pp. 153-213). Amorrtortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- Freud, S. (1980). Análisis terminable e interminable. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 23, pp. 211-254). Amorrtortu. (Trabajo original publicado en 1937).
- García Castiñeiras, J. (2023a). *Coreografías inconscientes. Escrituras erógenas del cuerpo*. Letra Viva.
- García Castiñeiras, J. (2023b). El psicoanálisis y la producción de campo simbólico. *Psicoanálisis*, 45(2), 61-70.
- Green, A. (1995). *El trabajo de lo negativo*. Amorrtortu.
- Guattari, F. (1996). *Caosmosis*. Manantial.
- Han, B.-C. (2022). *La sociedad del cansancio*. Herder. (Trabajo original publicado en 2010).
- Lacan, J. (2006). *El seminario. Libro 23: El sinthome, 1975-1976*. Paidós.
- Lacan, J. (2015). *El seminario. Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, 1964*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1973).
- Laplanche, J. (1989). *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis: La seducción originaria*. Amorrtortu.
- Marucco, N. C. (2007). *Cura analítica y transferencia. De la represión a la desmentida*. Amorrtortu.
- Melman, C. (2005). *El hombre sin gravedad*. UNR.
- Miller, J.-A. (2008-2009). *Cosas de finura en psicoanálisis* [Curso inédito]. Departamento de Psicoanálisis de la Universidad de París VIII.

- Rolnik, S. (2014). *Cartografia sentimental: transformações contemporâneas do desejo*. Sulina. (Trabajo original publicado en 1989).
- Roussillon, R. (1995). *Paradojas y situaciones fronterizas del psicoanálisis*. Amorrortu.
- Roustang, F. (1989). *A quien el psicoanálisis atrapa... ya no lo suelta*. Siglo XXI.
- Schkolnik, F. (2007). Un trabajo de simbolización. Un puente entre la práctica psicoanalítica y la metapsicología. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 104, 23-39. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/1618>
- Uriarte, C. (1991). Traumatismos precoces. Cicatrices y lagunas dentro de lo psíquico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 74, 147-160. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/1108>
- Vegh, I. (1998). *Hacia una clínica de lo real*. Paidós.
- Zukerfeld, R., & Zukerfeld, R. Z. (1999). *Psicoanálisis, tercera tópica y vulnerabilidad somática*. Lugar.